Majestad.» Plegue al Señor haya muchas que así correspondan á su llamamiento! (*Fundaciones,* cap. XI, núm. 12.)

Tales eran las almas que bajo la nueva Regla perfeccionaban su peregrinación por este valle de lágrimas, convertido por ellas mismas después, merced á la divina gracia, en valle de flores para adornar su frente en las eternas bodas de la celestial Jerusalén.

CAPÍTULO V

LOS HIJOS DE ELÍAS

I

MIENTRAS se hacía la fundación de Valladolid y ocurrían estos sucesos, se levantaba en Duruelo el primer convento de carmelitas descalzos. Instruído Fr. Juan de los deberes que imponía la Orden reformada, y ejercitado en ellos por la solicitud de la fundadora, hallóse capaz de hacerse cargo de todo y marchó á la aldea para activar la conclusión de los trabajos.

Negociaba en tanto Teresa sacar licencia de los Provinciales, y venció con prudente firmeza cuantos obstáculos le pusieron; la amistad y favor del obispo de Avila le sirvió para la que debía dar Fr. Angel de Salazar; y para la del otro Provincial, que lo era Fr. Alonso González, se valió de persuasivas palabras, con las cuales triunfó tantas veces de las más encontradas opiniones.

Arreglado todo satisfactoriamente y concluído el mal llamado monasterio, cuya extrema pobreza espantaba, Fr. Juan se encerró en él contentísimo, vistió un áspero saco de sayal y se descalzó, empezando á practicar con extraordinario fervor el nuevo Instituto. Por tales medios hacía Dios que aquella noble inteligencia y aquel corazón lleno de amor divino fuesen como cimientos del edificio que empezaba á levantarse, y le preparaba en el recogimiento y soledad para las luchas que debía sostener.

II

Andaba en tanto Fr. Antonio Heredia ocupado en renunciar su Priorato de Medina, lo que logró después de muchas dificultades; libre al fin, fué á reunirse en Duruelo con Fr. Juan de la Cruz : la toma de posesión y primera Misa vino á celebrarse la tercer dominica de Adviento del año 1568.

Antes de ir á la aldea, estuvo el Prior en Valladolid para despedirse de la fundadora. «Díjome,—refiera ésta,—lo que había allegado para su casita, y era bien poco. Sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, y me cayó en gracia; díjome que para tener las horas concertadas no quería ir desapercibido : creo que aún no tenía donde dormir.» (*Fundaciones,* cap. XIV, número 1.)

III

Al caminar para Toledo en la Cuaresma del siguiente año, pasó la santa Madre por Duruelo ; deseaba visitar aquel *portalito de Belén*, como llamaba al convento de descalzos, y la impresión que le causó debe relatarse aquí con sus mismas frases.

«Llegué una mañana,—dice,—y hallé al Padre Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia con un rostro de alegría que él siempre tiene.

»Yo le dije: «¿Qué es esto, mi padre? ¿Qué se ha hecho la honra?»

»Díjome estas palabras con el gran contento que tenía :

—»Yo maldigo el tiempo que la tuve.

»Cuando entré en la iglesia, quedé espantada del espíritu que el Señor había puesto allí, y no era yo sola; que dos mercaderes que venían desde Medina allí conmigo, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenían tantas cruces, tantas calaveras! Nunca se me olvidará una cruz pequeña de palo que tenían para el agua bendita, y en ella pegada una imagen de papel, con un Cristo que parecía ponía más devoción que si fuera muy bien labrada. El coro era el desván, que por la mitad estaba alto que podían decir las Horas, pero habían de bajar mucho para entrar y oir Misa ; tenían á los dos rincones unas ermitillas, adonde no podían estar sino echados ó sentados, llenas de heno porque el lugar era muy frío, y el tejado les daba casi sobre las cabezas, con

dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras.» (*Fundaciones*, cap. XIV, núm. 5.)

La vida correspondía al fausto de la morada: oración, ayuno, penitencia, trabajo y silencio; de vez en cuando los dos religiosos salían á predicar por los pueblos comarcanos, que carecían en absoluto de estos beneficios espirituales, sin arredrarles jamás el frío, las nieves, ni las lluvias; acudían á las cabañas para velar á los enfermos y auxiliar á los moribundos; consolaban todas las aflicciones y socorrían á los necesitados con las limosnas que la caridad les daba. Si Teresa se consoló mucho al ver tan santos principios, no fué menor el gozo de los descalzos con la visita de su santa Madre. Véase hasta qué punto se debe á tan admirable Maestra la entera reforma de la Orden del Carmelo, así en conventos de religiosos como de monjas, y no se extrañarán los muchos trabajos que le costaron tan difíciles victorias. Al ponderarlas el P. Palafox, dice con gran verdad: *Más fácil es fundar tres religiones que reformar una.*

Antes de seguir á la fundadora y dejar en su retiro á los humildes hijos de Elías, menester es declarar brevemente las vicisitudes que sufrió el convento de Duruelo, cuya mala situación y estrechez movió la compasión de un ilustre caballero, señor de cinco villas, llamado Luis de Haro: había éste hecho en una de ellas, nombrada Mancera, una iglesia, en la cual puso una imagen de Nuestra Señora que desde Flandes le envió su madre; llamado por el de Haro, Fr. Antonio fué á la villa, vió la imagen, y le cobró tanto cariño que

aceptó con gratitud las ofertas que el caballero le hacía, y se trasladó á Mancera á un pequeño pero decente monasterio que, anejo á la iglesia, labró Don Luis; la comodidad que allí gozaban era grande, y hubieran estado completamente satisfechos si no carecieran en absoluto de agua.

Mas no quiso el Señor que sufrieran tal pena: paseaba una tarde Fr. Antonio de Jesús con otros religiosos y algunos novicios, y al tratar con ellos de varios asuntos, pensaba afligido en la falta que les hacía el precioso abasto del agua; era ya el Prior tan anciano, que apoyaba su cansado cuerpo en un báculo, cuando por divina inspiración levantó el rostro alegremente, hizo la señal de la cruz é indicó hacia una parte del huertecillo con el mismo báculo, á la vez que decía al más joven de los novicios:

—*Cava ahí.* (*Fundaciones*, cap. XIV, núm. 5.)

Obedeció el mancebo, y á los pocos golpes de azada brotó tan copioso venero, que hasta el pozo que después labraron se hizo difícil de limpiar por la abundancia de su caudal.

Este y otros muchos testimonios daba el Señor de cuánto le agradaba la santidad, pureza y elevado espíritu con que se hacían las Casas de la Reforma carmelitana; diremos para concluir que muchos años después el convento fundado en Duruelo y trasladado á Mancera, hubo de cambiarse otra vez; pero entonces fué á Avila, y la insigne ciudad de los *Caballeros y los Santos* tuvo la gloria de reunir en su recinto las primeras fundaciones de descalzos que hizo Teresa de Jesús.